

“¿Problemas en el Paraíso? La erosión en el apoyo al sistema político y la centroamericanización de Costa Rica, 1978-1999.” In Jorge Rovira Más, ed., La Democracia de Costa Rica ante el siglo XXI, San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001, pp. 87-120.

SEGUNDA PARTE:

**PROBLEMAS Y DESAFÍOS
EN EL ALBA DEL SIGLO XXI**

¿PROBLEMAS EN EL PARAÍSO? LA EROSIÓN EN EL APOYO AL SISTEMA POLÍTICO Y LA CENTROAMERICANIZACIÓN DE COSTA RICA 1978-1999*

*Mitchell A. Seligson***

INTRODUCCIÓN

A Costa Rica se la reconoce universalmente como la democracia más antigua y estable de América Latina. Algunos incluso la han llegado a llamar “la Suiza latinoamericana”, un auténtico paraíso democrático. A lo largo de casi todo el siglo XX en Costa Rica hubo elecciones periódicas, el gobierno fue entregado de unos a otros líderes popularmente electos y rara vez se presentaron violaciones a los derechos civiles de la población. Solamente en dos ocasiones—muy brevemente—la democracia quedó interrumpida (ver Molina y Lehoucq, 1999). Esto ocurrió durante el régimen de los hermanos Tinoco (1917-1919), quienes gobernaron con mano autoritaria, y mediante la junta de gobierno en-

* La traducción al castellano de esta contribución en inglés especialmente preparada para la Conferencia Internacional “La democracia de Costa Rica ante el nuevo siglo” y para este libro, fue hecha por Jorge Rovira Mas.

** Deseo agradecer profundamente a Miguel Gómez Barrantes por su prolongada colaboración con mi trabajo a lo largo de más de veinte años. Ha sido para mí un verdadero honor el haber tenido la oportunidad de haber podido contar con él durante todo este lapso. Miguel leyó el borrador de este artículo y me hizo muchos comentarios que ayudaron a mejorarlo. Deseo asimismo agradecerles a Bill Barnes, John Booth, Lucio Renno, Jorge Rovira Mas y a Amber Seligson por sus muchos y extremadamente valiosos comentarios en torno a los borradores preparados.

Una vez presentado en la Conferencia Internacional “La democracia de Costa Rica ante el nuevo siglo” celebrada en San José, este trabajo fue también expuesto en el American Political Science Association Annual Meeting, en setiembre del 2000 en Washington D.C., a raíz de lo cual fue propuesto para el Franklin L. Burdette Pi Sigma Alpha Award de la American Political Science Association.

cabezada por Figueres, la cual dirigió los destinos del país a lo largo de dieciocho meses tras la guerra civil de 1948. Más aún, en los años setenta del siglo pasado, cuando en América Latina muchos gobiernos electos por la ciudadanía fueron derribados y reemplazados por dictaduras militares, Costa Rica preservó su democracia. Y en los años ochenta, que fueron de guerra civil y revoluciones en Centroamérica, el país se mantuvo como una excepción regional. Más recientemente, ha esquivado las tentaciones surgidas en países con regímenes políticos nominalmente democráticos como Perú, que experimentó un golpe desde el Poder Ejecutivo electo popularmente, a partir del cual se han establecido restricciones a las libertades civiles; o como Venezuela, cuyo sistema de partidos políticos así como sus élites se desacreditaron hasta tal punto que ocurrieron intentos golpistas que a la postre llevaron a uno de sus cabecillas a la Presidencia por la vía electoral. Costa Rica ha evitado también los niveles extremos de violencia que las narcoguerrillas han institucionalizado en Colombia, con el consiguiente debilitamiento de los fundamentos de la frágil democracia colombiana.

A la luz de toda esta historia, no es sorprendente que las valoraciones de la democracia costarricense la hayan colocado en un prestigioso primer lugar por muchos años. Probablemente el sistema mejor conocido de clasificación sea el índice de Freedom House, que ha situado a Costa Rica de manera continua entre sus posiciones más elevadas: en 1999 este país quedó empatado con el Reino Unido (Karatnycky, 2000, 187-200)¹. Otros estudios han llegado a las mismas conclusiones (Bollen, 1980; Booth, 1998).

Es por ello que a muchos les parecía que la democracia política costarricense era inexpugnable, pero cuando amaneció el 2 de febrero de 1998, el día siguiente de las últimas elecciones generales, la situación empezó a mostrarse diferente. Hasta ese momento resultaba axiomático que la inmensa mayoría de los ciudadanos asistirían a las urnas electorales como cada cuatro años: el abstencionismo se había localizado entre un 18% y un 19% para cada elección desde 1962, con excepción de 1974 cuando fue del 20% y de 1982 cuando alcanzó el 21%². También resultaba axiomático que los dos partidos políticos dominantes otendrían la casi totalidad de los votos. Ambas características se habían convertido en una fuente de orgullo para muchos costarricenses, que miraban con desdén a sus vecinos centroamericanos en donde, como sucedió en uno de los recientes referendos en Guatemala, cerca de las cuatro quintas partes del electorado no votó, o como en el caso de las elecciones nicaragüenses, en donde la proliferación de partidos ha sido tan grande que a algunos de ellos se les ha llamado “partidos de sofá” porque en uno de estos muebles habría suficiente espacio para que todos los miembros de algunos de ellos pudieran acomodarse.

En las elecciones de 1998 ciertos patrones se alteraron apreciablemente. En este año el abstencionismo se elevó de 18,9% a 30%, algo inaudito durante

los anteriores cuarenta años. Además, el apoyo electoral para los partidos pequeños en la carrera hacia la Presidencia se cuadruplicó al pasar del 2% aproximadamente a más del 8%, y el número de partidos pequeños casi se duplicó al pasar de 7 a 13. En el nivel legislativo, el cambio fue aún mayor: las formaciones políticas pequeñas ampliaron sus curules de 5% a 12% del total en la Asamblea Legislativa, a pesar de que sus votos se incrementaron del 12% al 24%.

A la luz de estos nuevos hechos, los políticos, los académicos y los adivinos están procurando interpretar su significado. Dos tendencias prevalecen: una de ellas sugiere que estos acontecimientos no implican una transformación fundamental en el comportamiento del electorado costarricense, pues se trataría de manifestaciones producidas por factores coyunturales o de corto plazo. Entre estos se incluyen el desempeño económico de la administración Figueres Olsen en el periodo 1995-1997, escándalos habidos durante la campaña electoral de 1997, el fraude ocurrido en la convención del Partido Liberación Nacional (PLN) en este mismo año, así como la publicidad de los medios de comunicación que ha puesto énfasis en la frustración popular y en “el desencanto político”. La segunda tendencia interpretativa, por su parte, se inclina más bien por pronosticar un cambio de mayor envergadura en la política costarricense, por lo que los hechos de 1998 son vistos como el reflejo de un descontento profundo con el sistema político vigente.

Una hipótesis alternativa, promovida por diversos medios de prensa, es la consideración de que las elecciones de 1998 estarían reflejando un cambio fundamental en la dirección de lo que se ha llamado “la centroamericanización de Costa Rica”. Desde este punto de vista, la excepcionalidad de Costa Rica se habría venido erosionando y el país estaría volviéndose cada vez más como sus vecinos en la región, cuya tradición democrática es mucho más limitada. Si bien los niveles de votación en 1998 fueron altos si se los coteja con las normas de muchos países, incluso los Estados Unidos de Norteamérica (EE.UU), y el multipartidismo no es necesariamente una señal de problemas políticos en la medida en que muchas naciones que cuentan con este tipo de sistema de partidos gozan de estabilidad democrática, lo cierto es que en Costa Rica no era así como habían venido sucediendo las cosas por décadas, por lo que estas modificaciones en el comportamiento de los electores han pasado a ser percibidas como un indicador de cambios más hondos y fundamentales.

Este artículo se orienta a someter a prueba estas explicaciones que compiten entre sí. Si la primera explicación es correcta, entonces no deberían encontrarse fuerzas o factores de largo plazo que estarían actuando, y podría esperarse que el abstencionismo en el 2002 volviera a sus niveles normales por debajo del 20% y que los partidos pequeños reduzcan el peso que recientemente han adquirido. Por otro lado, si los adivinos estuvieran en lo cierto, los resultados del 2002 podrían ser peores aún y los dos partidos principales podrían perder el

apoyo de la población para retener el poder, lo que no ocurre desde principios de los años cincuenta. Más importante, sin embargo, sería que el declinio en la asistencia a las urnas y el desplome del tradicional sistema de partidos podría ser un reflejo de una subyacente crisis de legitimidad en desarrollo. A continuación se presenta la tesis sobre la legitimidad de la democracia y el caso de Costa Rica se analizará aquí desde esta perspectiva.

EL RESERVORIO DE LA LEGITIMIDAD

En octubre de 1929 la Bolsa de New York experimentó un resquebrajamiento histórico (Galbraith, 1955). Cuando se superó este desplome, las acciones no sólo habían decaído al 10% de su valor precedente, sino que los EE.UU y una buena parte del mundo se sumergió en lo que sería conocido desde entonces como la Gran Depresión de los años treinta. Los efectos políticos de este acontecimiento son difíciles de exagerar. Tal como Nancy Bermeo (1999, 1) escribe: “En 1920, veintiséis de veintiocho estados europeos eran democracias con formas de gobierno parlamentarias. Hacia 1938, trece de estas democracias se habían vuelto dictaduras”. El desplome de estas democracias estables se ha vinculado a la erosión de su legitimidad política, que a su vez fue producida, al menos en parte, por el fracaso en el largo plazo del desempeño del régimen democrático. Ambos, Lipset (1981) y Easton (1975) en sus clásicos trabajos han argüido que las democracias construyen su legitimidad a lo largo del tiempo mediante la superación de crisis y por medio igualmente de su desempeño efectivo. La Gran Depresión puede haber sido la responsable por el desplome de la democracia en Alemania y otros países con democracias pobremente consolidadas en el periodo de entreguerras en Europa, pero la democracia no colapsó en Gran Bretaña y tampoco en los EE.UU, países que estuvieron entre los que más sufrieron a causa de la Gran Depresión y el desplome de la Bolsa. La forma de entender esto es señalando que estos sistemas políticos se habían desempeñado tan bien a lo largo de tanto tiempo que ellos habían acumulado un reservorio de legitimidad a los ojos de sus ciudadanos, y mientras la Depresión, es cierto, parcialmente drenó este reservorio, lo que abrió espacio para la aparición de numerosos movimientos radicales de izquierda y de derecha, la estabilidad del sistema, sin embargo, nunca fue puesta en cuestión por la gran mayoría de la ciudadanía.

En un estudio empírico previo he demostrado que el caso costarricense reflejó lo que aconteció con Gran Bretaña y los EE.UU (Finkel, Muller y Seligson, 1989; Seligson y Muller, 1987; Seligson y Muller, 1990). A principios de los años ochenta del siglo XX Costa Rica vivió su peor crisis económica en un siglo (Jiménez y Céspedes, 1990); sin embargo, el reservorio del apoyo al sis-

tema que se había acumulado a lo largo de muchos años que antecedieron a la crisis económica de 1980-1982, fue más que adecuado para que la democracia de Costa Rica manejara la tormenta y saliera airosa de ella. En un estudio llevado a cabo junto con Miguel Gómez llegamos a la misma conclusión también (Seligson y Gómez Barrantes, 1987; Seligson y Gómez Barrantes, 1989).

Muchas investigaciones han sido desarrolladas a escala mundial sobre el tema del apoyo al sistema político y la estabilidad de la democracia. Un hito en esta materia fue el estudio realizado en Canadá, un país cuya unidad ha sido amenazada por la posible secesión de la provincia de Quebec, en donde se utilizó una amplia variedad de medidas de apoyo al sistema (Körnberg and Clarke, 1992). Una investigación más reciente cubre muchas de las nuevas democracias y hace notar la preocupación que se deriva del hecho de que un fallo en el desempeño podría erosionar la legitimidad política y a la postre minar las bases de sustentación de la democracia como régimen político en estas sociedades (Inglehart, 1999).

Este artículo entonces se orienta una vez más hacia la cuestión del apoyo al sistema político en Costa Rica. Más de veinte años han transcurrido desde que por primera vez medimos el apoyo al sistema en este país. En aquellos tempranos estudios estaba muy claro que Costa Rica gozaba de niveles muy elevados de apoyo al sistema que le permitían preservar su estabilidad al encarar varias crisis. Pero no podemos presuponer que este reservorio no pudiera haberse ido drenando con el pasar del tiempo. Es por ello muy oportuno que a la luz de los resultados de las elecciones de 1998 le demos un segundo vistazo a lo que está sucediendo con el apoyo al sistema en Costa Rica. Al hacerlo, los datos pueden ayudarnos a someter a prueba la tesis que pretende explicar los cambios en las elecciones de 1998 por causas coyunturales que emergieron durante 1994-1998, más que por tendencias de largo plazo. Vamos a proceder con datos que hemos recolectado en el periodo que va de 1978-1999. Tendencias de largo plazo serán presentadas y las explicaciones alternativas serán sometidas a prueba. El artículo concluye con un intento de explicar los más que sorprendentes resultados de 1998.

LOS DATOS: LAS ENCUESTAS DE OPINIÓN PÚBLICA DE 1978-1999

La base de datos para este proyecto es inusualmente rica, incluyendo un total de ocho encuestas que cubrieron el periodo 1978-1999, con entrevistas a 4 744 personas que respondieron. En 1976 el autor de este artículo comenzó a colaborar con Edward N. Muller (1979), quien había emprendido un estudio de apoyo al sistema y su impacto sobre la participación política en Alemania. Una base de datos había sido también reunida en los EE.UU, concentrada en el área

de la ciudad de New York. Otra base de datos fue reunida en Israel por Dan Caspi y por mí, él un israelí que fue coautor de la investigación (1983a; 1983b). Y todavía más, otra base de datos la construí junto con John Booth para el caso de México (Booth and Seligson, 1984; 1994). Análisis extensos fueron desarrollados para validar la escala de apoyo al sistema que constituye el sustento de todas estas investigaciones. Los estudios mostraron claramente que las medidas eran válidas y confiables (Seligson, 1983).

Los datos ahora presentados aquí han surgido de una colaboración de largo aliento entre este autor y el M. A. Miguel Gómez Barrantes, quien por muchísimos años trabajó en la Escuela de Estadística de la Universidad de Costa Rica. En 1978 con Miguel emprendimos un estudio piloto en la Gran Área Metropolitana de San José, utilizando las preguntas que se derivaban de las investigaciones efectuadas en Alemania y los EE.UU. Recurriendo a varias fuentes de financiamiento hemos podido replicar el estudio de 1978 (N=201) en 1980 (N=280), en 1983 (N=501), en 1985 (N=506), en 1987 (N=927), en 1990 (N=597), en 1995 (N=505), y nuevamente en 1999 (N=1 428). Los diseños muestrales para todos los estudios con la excepción de los de 1987 y 1999 estuvieron concentrados en la Gran Área Metropolitana de San José. Los estudios de 1987 y de 1999 tuvieron alcance nacional y tienen así la ventaja de permitir comparaciones directas con los de la Gran Área Metropolitana al mismo tiempo que permiten observar si estos resultados difieren sustancialmente de aquellos con alcance nacional. Si no fuera así, al menos sería posible intentar generalizar a partir de muestras más pequeñas hasta la nación como un todo. Como lo mostraremos, no hay variaciones significativas.

LA ESCALA DE APOYO AL SISTEMA: LAS PREGUNTAS Y SU CONFIABILIDAD

La medición del apoyo al sistema político ha estado cargada de dificultades. Uno de los problemas más serios con que nos hemos topado es que la medida que se concibió inicialmente por parte de la Universidad de Michigan, “la escala de confianza en el Gobierno”, no nos ha servido de modo satisfactorio. Los estudios llevados a cabo en los EE.UU mostraron declives dramáticos en la medida de confianza en el Gobierno desde principios de los años sesenta, lo que incluso condujo a que reputados autores llegaran a plantear una “crisis de la democracia” (Crozier, Huntington y Watanuki, 1975). Pese a ello, la democracia en los EE.UU ha permanecido estable y sólida, con muy escasos indicios de un posible derrumbamiento. El problema con esta medida y otras similares es que a los entrevistados les presentan frases con las que es demasiado fácil estar de acuerdo, como por ejemplo: “¿estaría usted de acuerdo en que al frente del Go-

bierno se encuentran personas que representan unos pocos grandes intereses que sólo piensan en su propio beneficio?” (Citrin y Muste, 1999).

Con el fin de corregir la debilidad observada en las medidas anteriores, la Escala de Apoyo-Alienación Política fue concebida primero para el estudio mencionado antes que se llevó a cabo en Alemania, y luego se utilizó en los Estados Unidos, Israel, México y Costa Rica. Desde entonces también ha sido aplicada en todos los países de Centroamérica, así como en Paraguay, Perú y Bolivia. La Escala de Apoyo-Alienación Política tiene como su núcleo un juego de cinco preguntas³. Con ellas se busca aproximarse a la noción generalizada por Easton de “apoyo difuso” en lugar del “apoyo específico” para cualquier administración gubernamental en particular. Cada una recibe un valor que va de 1 a 7, con 1 para el nivel más bajo de apoyo y con 7 para el más alto. Las preguntas se leen como sigue:

“DÉLE LA TARJETA “A” AL ENTREVISTADO

Ahora vamos a usar esta tarjeta... Esta tarjeta contiene una escalera de 7 gradas; cada una indica un puntaje que va de 1-NADA- hasta 7- que significa MUCHO. Por ejemplo, si yo le preguntara hasta qué punto le gusta ver televisión, si a Ud. no le gusta nada, elegiría un puntaje de 1, y si por el contrario le gusta mucho ver televisión me diría el número 7. Si su opinión está entre nada y mucho usted elegiría un puntaje intermedio. Entonces, ¿hasta qué punto le gusta a Ud. ver televisión? Léame el número. (ASEGÚRESE QUE EL ENTREVISTADO ENTIENDA CORRECTAMENTE).

NADA 1 2 3 4 5 6 7 MUCHO NS = 8

Ahora, usando la tarjeta “A,” por favor conteste estas preguntas.

- B1. ¿Hasta qué punto cree Ud. que los tribunales de justicia de Costa Rica garantizan un juicio justo? (SONDEE: Si usted cree que los tribunales no garantizan en nada la justicia, escoja el número 1; si cree que los tribunales garantizan mucho la justicia, escoja el número 7).
- B2. ¿Hasta qué punto tiene usted respeto por las instituciones políticas de Costa Rica?
- B3. ¿Hasta qué punto cree usted que los derechos básicos del ciudadano están bien protegidos por el sistema político costarricense?
- B4. ¿Hasta qué punto se siente Ud. orgulloso de vivir bajo el sistema político costarricense?
- B5. ¿Hasta qué punto piensa Ud. que se debe apoyar el sistema político costarricense?”

El cuadro 1 muestra los resultados del análisis de confiabilidad durante cada año. Estos resultados patentizan que la medida de apoyo de sistema ha mantenido un buen nivel de confiabilidad cada vez que se realizó el estudio.

Cuadro 1
COEFICIENTES ALPHA DE CONFIABILIDAD DE LA MEDIDA
DE APOYO AL SISTEMA,
1978-1999

Año	Alfa estandarizado
1978	0,77
1980	0,75
1983	0,79
1985	0,75
1987	0,70
1990	0,74
1995	0,73
1999	0,73

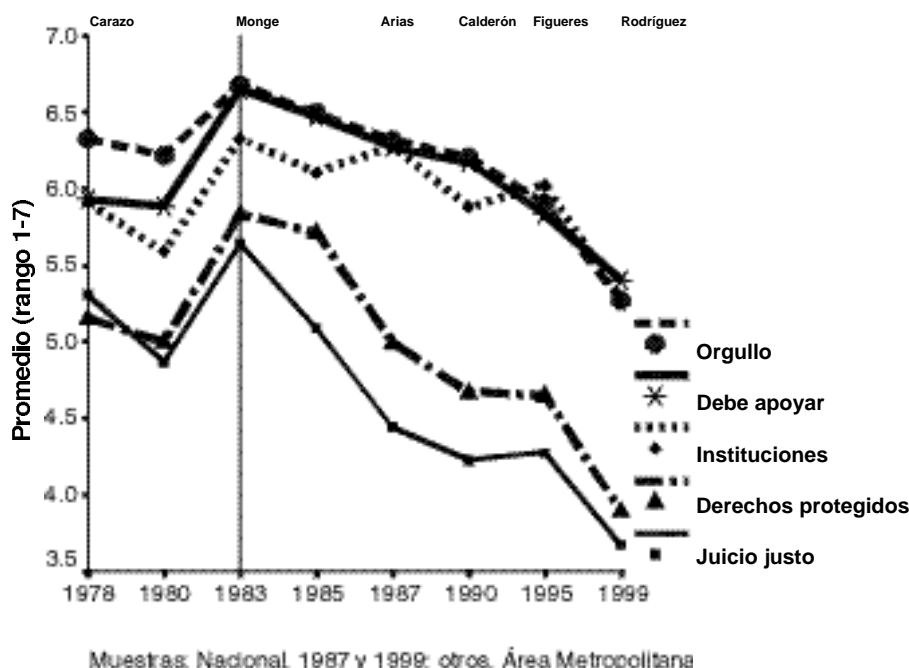
En suma, la medida de apoyo al sistema que, como antes se indicó, ha mostrado ser una medida válida, se patentiza aquí también haber sido confiable para cada uno de los ocho estudios cubiertos por este estudio.

EL APOYO AL SISTEMA: 1978-1999

Llamaremos la atención ahora sobre el hallazgo central de esta investigación de dos décadas. En el gráfico 1 se muestran las tendencias en el apoyo al sistema en cada una de las cinco preguntas centrales de la Escala de Apoyo-Alienación Política. Como ya se dijo, a cada una de estas preguntas se le dio un valor que va de 1-7. Hay muchas conclusiones importantes que se pueden deducir a partir de estos resultados. Primero, el apoyo al sistema en todas las preguntas era alto en el periodo que va hasta 1983. No se olvide que la escala va desde un bajo 1 a un alto 7, lo que significa que 4 sería el punto medio. Las cinco medidas se encuentran por encima de 5, con tres de ellas que promedian 6 o más tanto en 1978 como en 1983. La cuestión de alto contra bajo se tornará más evidente adelante en este artículo cuando ofrezcamos comparaciones con otros países latinoamericanos. Segundo, el punto alto en la serie se encuentra en 1983, poco después de la elección de la administración de Luis Alberto Monge (1982-1986). Esta administración restauró el equilibrio macroeconómico rá-

pidamente, el cual se había visto resquebrajado durante la administración de Rodrigo Carazo (1978-1982) y la crisis económica de esos años, y obtuvo niveles extraordinariamente elevados de apoyo financiero norteamericano para Costa Rica. Es más, éste fue el tiempo cuando los costarricenses se sintieron amenazados por la emergencia de un régimen políticamente radical en su frontera norte, en Nicaragua, lo que puede haberse traducido en un incremento en el sentimiento nacionalista y un consiguiente apoyo al sistema político en su conjunto. Tercero, el declinio en el apoyo al sistema no comenzó en el periodo 1994-99, sino que empezó a hacerse evidente a partir de 1985. Se observa una caída en cada uno de los indicadores la cual se inicia en 1985 y ha continuado hasta 1999. Tan sólo en 1995 se produjo un ligero incremento pero esto fue revertido por una aguda caída en 1999. Finalmente, aunque todos los indicadores han venido declinando, es cierto también que el declinio ha sido mayor en las variables sobre “los derechos protegidos” y “el juicio justo”, lo que sugiere que los problemas del debilitamiento del apoyo al sistema se concentran más gravemente en el área judicial que en el resto de las instituciones y actitudes frente al sistema político. Debe quedar claro, no obstante, que todas las preguntas reflejan disminución en el apoyo al sistema en el largo plazo.

Gráfico 1
APOYO AL SISTEMA POLÍTICO EN COSTA RICA:
1978-1999



Una duda sobre estos resultados debe aclararse de inmediato. Como ya se ha hecho notar, la mayoría de las muestras corresponden al Área Metropolitana, mientras que las de 1987 y 1999 fueron de alcance nacional. ¿Podría ser entonces que el apoyo comparativamente más bajo al sistema que se produjo en 1999 fuera más bien una función del hecho de haber incluido a un gran número de personas que respondieron y que provenían de zonas de Costa Rica en donde el apoyo al sistema era mucho más bajo que en el Área Metropolitana? La realidad es que un análisis de los datos más bien muestra lo contrario: el índice que conjuntamente reciben las cinco preguntas combinadas de apoyo al sistema para el país en su conjunto en 1999 fue de 4,7, comparado con 4,6 para el Área Metropolitana y 4,7 para el resto del país. Así, al contrario de lo que intuitivamente podría suponerse, si agregamos las muestras de las zonas de fuera del Área Metropolitana a la muestra de esta región lo que ocurre es que el apoyo al sistema se incrementa, aunque sólo sea ligeramente respecto de lo que ocurriría de habernos limitado al Área Metropolitana⁴.

EL DECLINIO EN EL APOYO AL SISTEMA, ¿PUEDE EXPLICAR EL INCREMENTO EN EL ABSTENCIONISMO?

Está claro, a partir del análisis anterior, que algo más que un cambio de corto plazo ha venido ocurriendo en el electorado costarricense. ¿Puede entonces el cambio en los niveles de apoyo al sistema explicar el abstencionismo? El estudio de Coleman (1976) sobre el abstencionismo en México encontró que un apoyo bajo al sistema estaba asociado con una abstención más alta. No es razonable esperar que aquellos con sólo un ligeramente más bajo apoyo al sistema dejen de asistir a las urnas. Una expectativa más realista puede ser que más bien exista una especie de umbral en el apoyo al sistema a partir del cual la asistencia a las urnas decline notablemente.

¿Existe evidencia de un umbral en el apoyo al sistema a partir del cual la votación quedaría impactada? La búsqueda de un modelo semejante puede examinarse mejor si se crea una escala de conjunto de apoyo del sistema. En la medida en que ya se ha mostrado que las cinco preguntas aquí propuestas conforman una sola dimensión y que se trata de una escala confiable, parece justificado intentar la construcción de tal escala de conjunto de apoyo al sistema. La escala que denominamos “el apoyo al sistema” se construye convirtiendo todas las preguntas a una base de 0-100 y luego sumándolas⁵. Los datos perdidos se tratan sustituyéndolos por la media de cada caso siempre y cuando las personas que responden lo hayan hecho en al menos tres de las cinco preguntas. Si esto no ocurrió, entonces simplemente se anotó como un valor perdido.

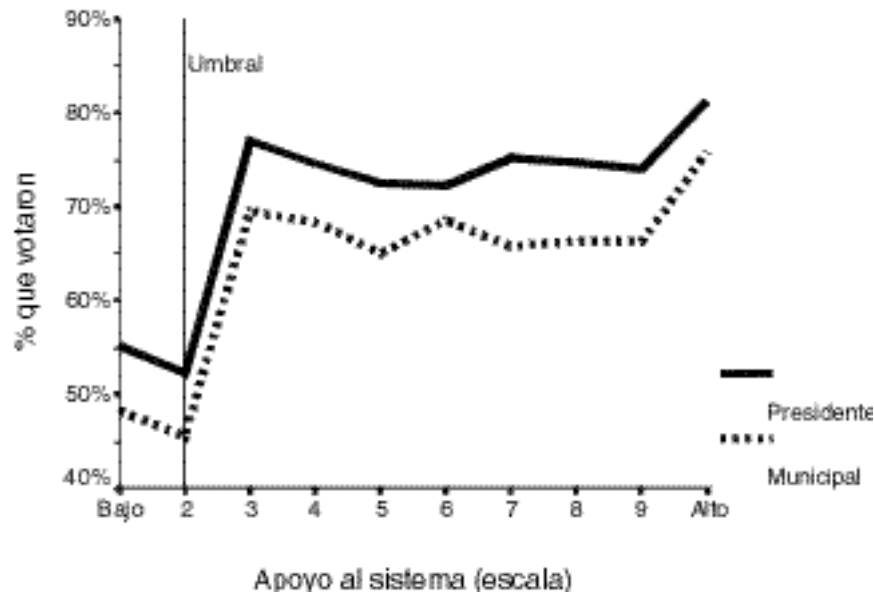
Los resultados que se obtienen cumplen con lo que se esperaría: fijándonos solamente en los datos de 1999 y refiriéndolos a las elecciones de 1998, el apoyo al sistema ($< .001$) estuvo asociado significativamente con el voto/no voto. Aquellos que mostraban un bajo apoyo al sistema estuvieron menos inclinados a votar que los que evidenciaban un alto apoyo. Esta evidencia entonces respalda la idea de que el declinio en el apoyo al sistema de verdad ha influido en la asistencia a las urnas en 1998.

Es justo cuestionar este resultado sugiriendo que el apoyo al sistema había estado declinando desde 1985 y que resultaría extraño que sólo se manifestara en el abstencionismo hasta 1998. La respuesta es que la relación entre el apoyo al sistema y la conducta político-electoral no se ha encontrado que pueda ser lineal. Por ejemplo, en el estudio de Muller en Alemania, sólo niveles muy bajos de apoyo al sistema se asociaban con una probabilidad incrementada de conducta política violenta. En Costa Rica, en nuestro estudio de 1995 no había prácticamente ningún caso de apoyo bajo al sistema. Así, mientras el promedio del apoyo estaba declinando, difícilmente algún costarricense podía ser clasificado en el extremo inferior de la escala. Puede plantearse como hipótesis que en Costa Rica sólo cuando el apoyo al sistema declina y se sitúa ya en esos bajos niveles, es cuando los ciudadanos se alejan de la asistencia a las urnas. En efecto, podría haber un efecto de umbral en estos datos: cuando el apoyo es alto o mediano, la mayoría de los costarricenses votan, pero cuando es bajo la abstención se incrementa.

Una demostración evidente del impacto del bajo apoyo al sistema se puede observar en el gráfico 2. Allí podemos constatar un umbral claro en la escala de apoyo al sistema. Con el propósito de presentar mejor los datos, la escala de apoyo de conjunto al sistema, la cual va de 0-100, ha sido dividida en 10 incrementos, de 1-10. Como puede verse allí, cuando el apoyo al sistema se encuentra en dos o por debajo, el voto declina dramáticamente hasta cerca de la marca del 50% para Presidente y por debajo de este 50% para la elección de los representantes a las municipalidades. Un examen de los datos del estudio de 1987, el único año precedente para el cual también contamos con datos de alcance nacional, revela que sólo una persona que respondió de una muestra de 927 casos fue la que pudo situarse con un apoyo bajo al sistema de dos o por debajo de dos. Así, por esos años cuando el apoyo al sistema era alto en su conjunto, había muy pocos costarricenses que le otorgaban un bajo apoyo al sistema, por lo que esto no se traducía en algún impacto significativo en la asistencia a las urnas. El abstencionismo entonces era en gran medida una función de factores rutinarios como la enfermedad, el encarcelamiento, la distancia respecto del lugar de votación en el que el votante se encontraba registrado, la ausencia del país, etcétera. Esto explicaría por qué el impacto del declinio en el apoyo al sistema no ha sido notado hasta las elecciones de 1998. Hasta ese punto,

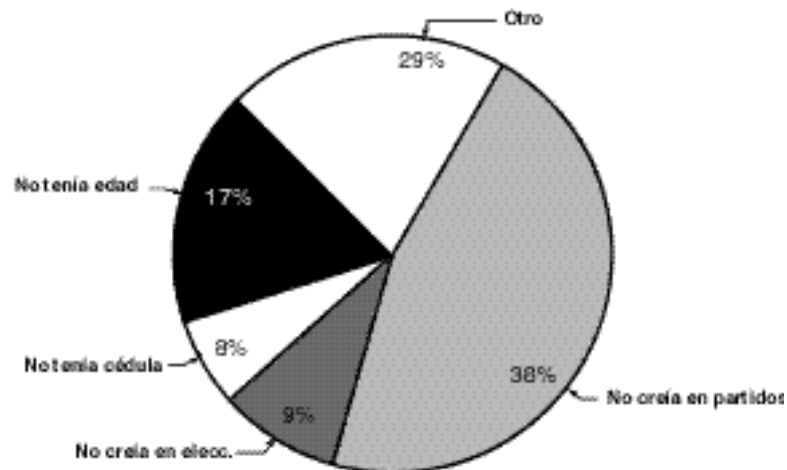
si bien el nivel del descontento había crecido, no lo había hecho lo suficiente como para cruzar ese umbral tras el cual el abstencionismo se incrementa. Cuando el hecho de un determinado incremento de las personas que responden en el nivel bajo de la escala se combina con el declinio de conjunto en el apoyo al sistema para la población total, el incremento en la abstención en el nivel nacional puede fácilmente explicarse.

Gráfico 2
VOTO Y APOYO AL SISTEMA
ENCUESTA DE 1999



El estudio contiene alguna evidencia limitada que explica las razones de por qué algunos votantes se quedaron en casa el día de la elección. Se pidió a algunas de las personas que respondieron y que no votaron que explicaran el porqué. En vista de que votar es obligatorio en Costa Rica y de que no es bien visto socialmente el no ejercer el derecho al sufragio, el estudio puede haber recogido muchas justificaciones para no votar, enmascarándose así las verdaderas motivaciones. Teniéndose en cuenta la necesidad de ser cauteloso a este respecto, se examinaron los resultados contenidos en el gráfico 3. Como puede verse, la combinación de no creer en los partidos o en las elecciones constituyó el grupo más grande de no votantes, alcanzando el 47 por ciento de ellos. Si se descuenta a aquellos que declararon en el estudio de 1999 que eran demasiado jóvenes en 1998 para haber podido votar, la respuesta de la falta de credibilidad en los partidos o en el sistema se vuelve la motivación mayoritaria.

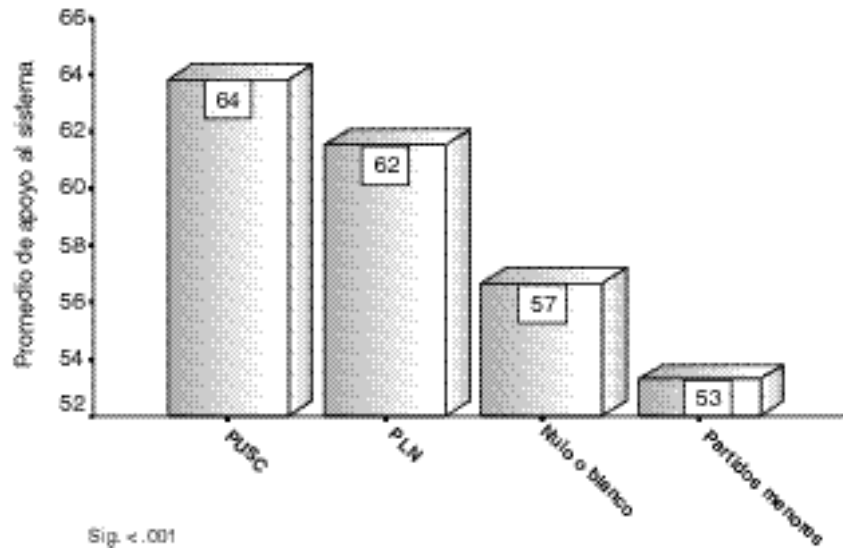
Gráfico 3
MOTIVOS PARA NOVOTAR
EN 1998



EL DECLINIO EN EL APOYO AL SISTEMA ¿PUEDE EXPLICAR EL CRECIMIENTO DE LOS PARTIDOS PEQUEÑOS?

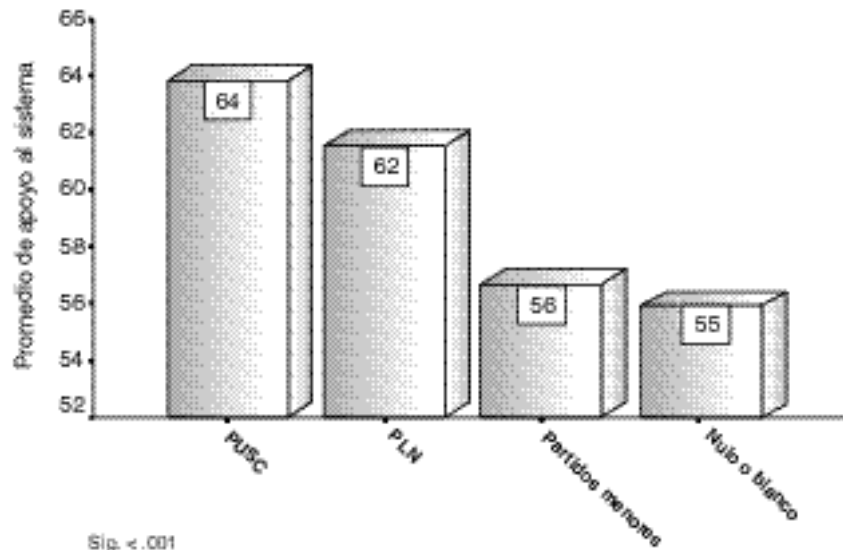
Como ya se mencionó en la introducción a este artículo, no sólo la concurrencia a las urnas disminuyó sino que el apoyo para los partidos menores floreció en la elección de 1998. Muchos han visto en esta proliferación de partidos pequeños y en el incremento que recibieron en su votación un indicador de problemas serios en el sistema político costarricense. Los datos observables en el gráfico 4 abonan claramente en favor de este punto de vista. El apoyo al sistema entre quienes votaron por los dos partidos mayoritarios fue casi idéntico (e insignificamente diferente el uno del otro), con una ligera ventaja para el partido que obtuvo la Presidencia. Pero aquellos que anularon su boleta o la entregaron en blanco mostraban un apoyo al sistema significativamente más bajo, mientras que quienes votaron por los partidos pequeños apoyaban aún menos al sistema político.

Gráfico 4
APOYO AL SISTEMA Y VOTO POR PARTIDOS
EN EL NIVEL PRESIDENCIAL EN 1998



El patrón de votación que se muestra en el nivel presidencial se reproduce en el nivel municipal. Costa Rica en este sentido constituye un sistema unitario, con los votos simultáneos en los dos niveles, nacional y local. En la elección de 1998 todavía se votó el mismo día en los tres niveles, el presidencial, el legislativo y el municipal, aunque en las futuras elecciones a partir del 2002 ya no coincidirán (la elección de los alcaldes se realizará a finales del año correspondiente a la elección nacional). En el gráfico 5 se muestran los resultados. Cuando se los observa, está claro que quienes votaron por los partidos pequeños expresan asimismo un más bajo nivel de apoyo al sistema que aquéllos que votaron por los dos partidos protagonistas del bipartidismo.

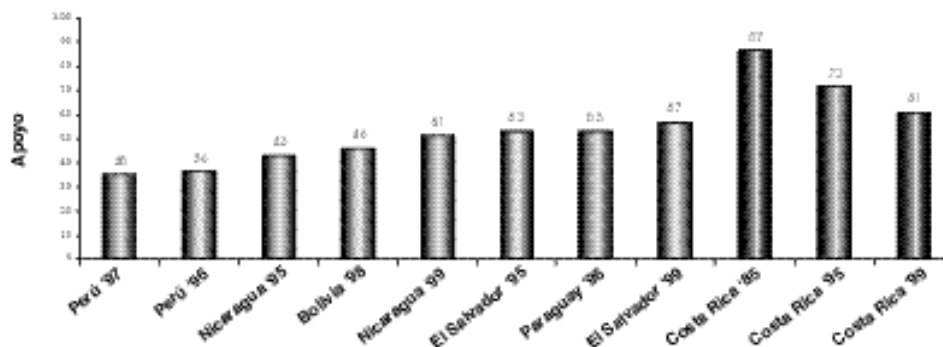
Gráfico 5
APOYO AL SISTEMA Y VOTO POR PARTIDOS
EN EL NIVEL MUNICIPAL EN 1998



EL DECLINIO EN EL APOYO AL SISTEMA: COMPARACIÓN DE SU MAGNITUD

El apoyo al sistema ha declinado en Costa Rica, pero ¿cómo se encuentra en realidad cuando se le compara con otros países en América Latina? Como puede observarse en el gráfico 6, el declive es notable aun cuando todavía permanece más alto que cualquier otro país de los investigados en el marco del Proyecto de Opinión Pública de América Latina que se desarrolla bajo mi responsabilidad en la Universidad de Pittsburgh, aunque ahora la distancia sea escasa. Los resultados de 1999 colocan a Costa Rica mucho más cerca de naciones como El Salvador para la cual también contamos con datos de 1999. Esto sugiere, como lo hemos apuntado en la introducción de este trabajo, que podría estarse produciendo en algún grado una “centroamericanización” o una “latinoamericanización” de Costa Rica, al reducirse sustancialmente los niveles de apoyo más altos que se expresaron en 1980 y haber decaído hasta niveles próximos a los de países con una tradición democrática más breve.

Gráfico 6
APOYO AL SISTEMA EN PERSPECTIVA COMPARATIVA



EXPLICACIONES ALTERNATIVAS

El hallazgo de que el apoyo al sistema en Costa Rica ha declinado y de que ha sido el responsable por el declinio en la concurrencia a las urnas puede desafiarse de cuatro maneras. La primera, afirmándose que el declinio en el apoyo al sistema es un mero resultado de la metodología empleada, es decir, de las muestras por secciones cruzadas tal cual se seleccionaron. La segunda, que el declinio podría ser el resultado de un declinio generalizado ocurrido a lo largo de toda Centroamérica. La tercera, que el declinio puede no ser más que el efecto de un retorno a la media, en la medida en que los altos niveles del pasado, concretamente de finales de los setenta y principios de los ochenta del siglo XX, bien podrían haber sido el producto inflado de sentimientos nacionalistas estimulados por la Revolución Nicaragüense. La cuarta, que los resultados obtenidos pueden ser fruto del impacto de la exposición de la población a los medios de comunicación de masa, en lugar de un cambio genuino en la forma como el ciudadano percibe a su sistema político. A continuación me referiré a estos desafíos explicativos.

EFFECTOS POR LA EDAD, POR LA COHORTE Y POR EL PERIODO

¿Cuán fiable es el hallazgo de que el apoyo al sistema ha declinado en Costa Rica? ¿Podría ser que los resultados obtenidos aquí fueran más bien producto de un artificio meramente metodológico al haberse apelado a muestras por secciones cruzadas que han sido usadas repetidamente? Cuando este tipo de encuestas es recurrente, tal como lo hemos hecho aquí para este estudio, dos efectos importantes pueden distorsionar las conclusiones basadas en promedios

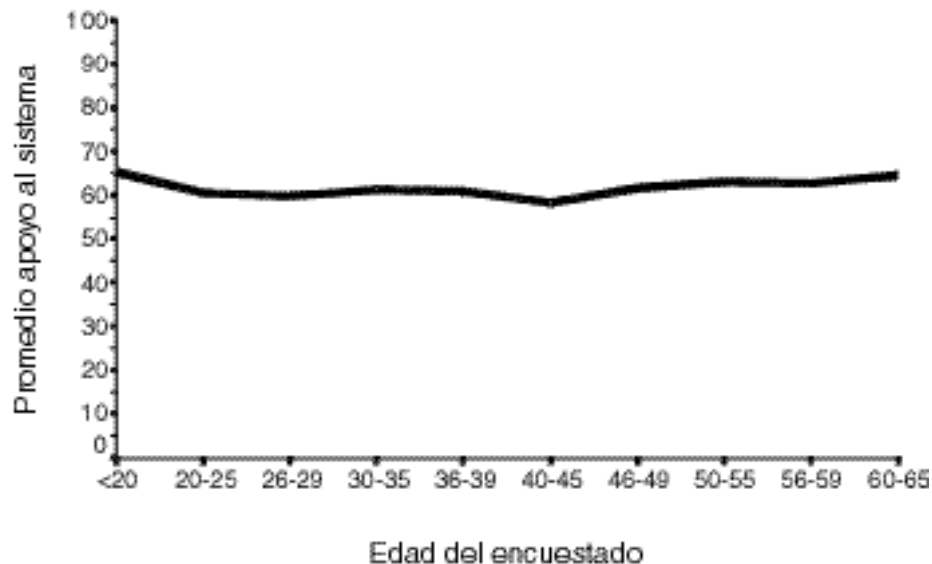
nacionales obtenidos a lo largo del tiempo, es decir, longitudinalmente, desencaminando al investigador en el sentido de llegar a concluir un declinio general en el apoyo al sistema cuando en realidad lo que podría estar sucediendo es que tal declinio se limita, de hecho, a uno o más grupos etáreos específicos⁶. El así denominado “efecto por la edad” ocurre como consecuencia de las diferencias que se dan a lo largo del ciclo vital, exacerbado ello por los cambios demográficos. El “efecto por la edad” es uno que sólo influye en los individuos en ciertos puntos de su ciclo vital, desapareciendo en otros momentos. Hernández (1990), por ejemplo, encontró que en los años ochenta había una media de abstencionismo más baja entre el grupo de votantes que asistieron por primera vez a las urnas que en el nivel nacional para el conjunto de los votantes de todas las edades. Su explicación fue que esos ciudadanos querían estrenar sus derechos políticos y lo hacían con más entusiasmo que el resto de la población, pero que luego de esta inicial “emoción” ellos retornaban al modelo demográfico normal encontrado en Costa Rica y en otras partes, es decir, que ocurre una votación menor entre la población más joven –con excepción de ese grupo de primer ingreso, como se acaba de señalar– y de mayor edad, al mismo tiempo que hay más votantes entre los de edad intermedia (Seligson *et al.*, 1995). En otros estudios se ha encontrado que el joven es más liberal que las personas de más edad. Si la pirámide etárea de una población permanece inalterada, entonces el “efecto por la edad” no cambia en este caso los promedios nacionales en la dirección de un mayor liberalismo, en la medida en que los jóvenes se tornan más conservadores conforme envejecen. Pero en Costa Rica, un país que hacia mediados del siglo XX tenía muy altas tasas de natalidad, desde los años sesenta se empezó a producir un rápido y firme descenso en tales tasas (Gómez, 1970). Como una consecuencia de este descenso en las tasas de natalidad, la pirámide de la población ha estado cambiando paulatinamente en la dirección de una mayor cantidad de ciudadanos con mayor edad. Por ejemplo, en 1980 los niños con edades entre 10-14 años sumaban el 10% de la población, pero hacia 1998 este grupo por edad había caído a la mitad, a sólo 5% (World Bank, 2000, 234). Si los jóvenes le dan un más bajo apoyo al sistema que los mayores, entonces este cambio demográfico podría explicar por sí solo el declinio en el apoyo al sistema que aquí hemos encontrado.

Un segundo posible factor que se podría derivar de la metodología empleada es conocido como el “efecto por la cohorte”, que sería un resultado de algún evento particular o serie de ellos que podrían haber producido una disminución en el apoyo al sistema en el caso de un grupo etáreo específico a lo largo de sus vidas. Por ejemplo, si la Revolución Nicaragüense de 1979 hubiera producido un declinio en el apoyo al sistema entre aquellos que estaban siendo socializados en la política en ese momento, entonces sería posible que ese grupo de edad estuviera minando el nivel nacional de apoyo al sistema.

Si hay un “efecto por la edad”, entonces el declinio en el apoyo al sistema es meramente ilusorio. Por otro lado, si hay un “efecto por la cohorte”, el declinio es real, pero se vincula con el impacto que produce un grupo de edad específico y cuando este grupo vaya pasando y comience a extinguirse conforme pase el tiempo a través del fallecimiento de la cohorte, el efecto tenderá a disminuir y a desaparecer en el futuro.

En la medida en que los datos de los grupos por edad se encuentran disponibles, podemos probar estos dos efectos. Un examen del gráfico 7 nos permite aclarar las cosas. Lo que constatamos allí son dos cuestiones. Primero, no hay ninguna asociación significativa entre la edad y el apoyo al sistema⁷. Segundo, la relación entre la edad y el apoyo al sistema es prácticamente plana, sin crestas ni valles. Por consiguiente, no es el caso de que los jóvenes muestren un apoyo al sistema más alto que los más viejos que ellos, ni es el caso de una cohorte específica que estuviera traumatizada políticamente y por ello expresaría un más bajo apoyo al sistema que otros grupos etáreos, bien más jóvenes que esta cohorte o mayores que ella.

Gráfico 7
IMPACTO DE LA EDAD SOBRE EL APOYO AL SISTEMA POLÍTICO
DATOS DE 1999



Sig. = NS

El único efecto restante para explicar estos datos es el así denominado “efecto por el periodo”, es decir, la existencia de un proceso generalizado subyacente que afectaría a todos los grupos etáreos (véase el gráfico 1). Esto es precisamente lo que parece haber ocurrido en Costa Rica. Si los datos hubieran mostrado evidencia de un “efecto por la edad”, el asunto no nos habría preocupado en la medida en que se trataría de un proceso natural que afectaría a todos los costarricenses y no sería la evidencia de un declinio secular en el apoyo al sistema. Si la evidencia hubiera mostrado un “efecto por la cohorte”, la preocupación se minimizaría en la medida en que conforme la cohorte “dañada” se mueva a través del sistema social, se podría esperar que el nivel de apoyo al sistema político vuelva a su nivel alto anterior. Más bien lo que en verdad hemos encontrado aquí es la evidencia genuina de un “efecto por el periodo”, un problema mucho más serio para el sistema político costarricense porque ha venido afectando a todos los grupos de edad. Desde luego, es imposible en la presente coyuntura determinar si habrá cambios en el futuro que invertirán el actual persistente declinio en el apoyo al sistema, o si se estabilizará en algún nivel. Pero a la altura de 1999 de lo que sí tenemos evidencia es de una firme erosión en el apoyo al sistema político de Costa Rica.

LAS TENDENCIAS REGIONALES

Los estudiosos del apoyo al sistema en distintas partes del mundo han notado un declinio de largo plazo en numerosas naciones, siendo quizás el caso más dramático el de los Estados Unidos (Nye, Zelikow y King, 1997). En estudios llevados a cabo en Europa entre las democracias industriales avanzadas, los datos en los estudios longitudinales muestran tendencias mezcladas, con países que exhiben declinios en el apoyo al sistema cuyo número sobrepasa al de aquéllos en donde más bien aumentó el apoyo (Dogan, 1997; Turner y Martz, 1997; Dalton, 1999; Holmberg, 1999; Klingemann, 1999).

¿Podría ser esta la situación en Centroamérica, en donde las insurrecciones populares, las revoluciones y las crisis económicas que han dominado la vida de la región desde inicios de los años ochenta pudieran haber creado una atmósfera que favoreciera el declinio en el apoyo al sistema político y entonces el caso de Costa Rica no sería más que parte de una tendencia regional? Hay evidencia, aunque limitada, que sugiere que éste no es el caso. Hemos venido realizando repetidamente mediciones del apoyo al sistema en tres de los vecinos de Costa Rica⁸. Tenemos resultados obtenidos por medio de encuestas realizadas en el área metropolitana de las ciudades capitales, que son comparables con los estudios llevado a cabo en Costa Rica con la excepción de los de 1987 y 1999. Una vez convertidos los datos a una escala de rango de 0-100, co-

mo lo hicimos antes en el caso de Costa Rica, las medias en El Salvador eran de 50 en 1991, 51 en 1995 y 53 en 1999, indicando un aumento ligero a lo largo del periodo, mientras que en la situación costarricense pasaba de 74 a 62. En Guatemala, un estudio dirigido en 1991 produjo una media de 54 en las cinco preguntas del estudio, mientras que pasó a 49 en 1999. Si se observan los datos de Nicaragua en 1995 que mostró una media de 44, aumentó a 49 en 1999. Si bien estos datos son limitados y no cubren el mismo número de años que la base de datos con que contamos para Costa Rica, nos hacen pensar que no se ha producido en la región ninguna caída dramática en el apoyo al sistema de la cual pudiéramos concluir que podríamos estar ante la presencia de una tendencia regional que afectaría los resultados de Costa Rica. Estos países, que han venido experimentando transiciones democráticas muy difíciles, sin embargo no muestran nada parecido al declinio observable en Costa Rica en materia de apoyo al sistema político.

NIVELES INICIALES ARTIFICIALMENTE ALTOS

Una tercera crítica potencial de estos resultados es que los niveles altos de apoyo al sistema con los que inicia esta serie de veinte años pueden haber sido nada más que un artificio producto momentáneo de sentimientos nacionalistas que fueron estimulados por el miedo al impacto potencial que tendría en Costa Rica la Revolución Nicaragüense. No mucho tiempo después de que los sandinistas expulsaron del poder a Somoza, las tensiones internas en Nicaragua empezaron a desarrollarse como producto de que los grupos de oposición al Gobierno reclamaban que se les estaba excluyendo del poder y de que en realidad los sandinistas estaban orientándose hacia el comunismo. Fue así cómo, con el apoyo de los EE.UU, los “contras” nacieron como una fuerza militar relativamente poderosa y destinada a derrocar a los sandinistas. Algunos grupos de oposición establecieron campamentos armados a lo largo de la frontera norte de Costa Rica con Nicaragua, y posteriormente un diluvio de refugiados ingresó a Costa Rica.

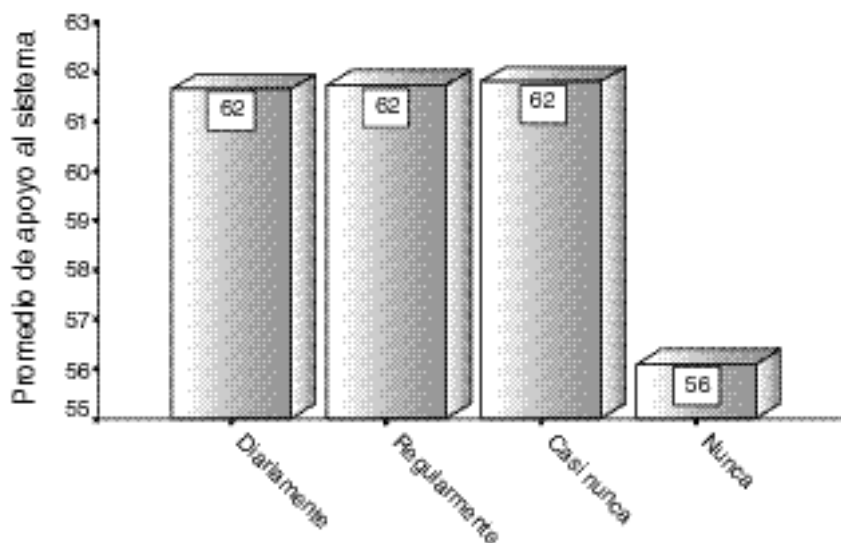
¿Es posible entonces que los niveles bajos de apoyo al sistema encontrados en los más recientes estudios no hayan sido más que la reversión a un punto anterior al de las encuestas iniciales cuyos resultados se expusieron en el gráfico 1 de este artículo? Dos muestras de evidencia refutan este argumento. Primero, la medida inicial en la serie temporal corresponde a 1978, el año previo al triunfo de la Revolución Nicaragüense, mucho antes además del establecimiento del movimiento de los “contras” y del diluvio subsecuente de inmigrantes nicaragüenses hacia Costa Rica. Segundo, es posible también refutar la idea de que los niveles altos de apoyo al sistema encontrados en el propio estudio de

1978 podrían haber sido un producto de los miedos que emanaban de la naturaleza violenta que iba en aumento conforme se intensificaba el conflicto revolucionario en Nicaragua en contra de Somoza. En efecto, en el estudio de 1978 se incluyeron varias preguntas en las que se indagaba sobre el apoyo hacia los sandinistas. En un análisis de estos datos (Seligson y Carroll, 1982), encontramos que los costarricenses apoyaban abrumadoramente el derrocamiento del régimen de Somoza. Al preguntársele a los entrevistados si ellos consideraban que los sandinistas estaban luchando por una causa justa, el 96 por ciento respondió afirmativamente. Además, el 76 por ciento no creía que los sandinistas eran comunistas. Finalmente –y lo más importante–, no se pudo encontrar ninguna asociación significativa entre la medida de apoyo al sistema y el miedo al movimiento sandinista. En suma, no hay por qué temer que el sandinismo haya inflado el apoyo al sistema que mostraron nuestras encuestas iniciales de la serie.

LOS EFECTOS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Este declinio en el apoyo al sistema, ¿refleja un cambio genuino en las actitudes de los costarricenses hacia su sistema político, o es meramente un resultado de la negatividad que ha venido impregnando a un país que ahora tiene una mayor exposición como sociedad a los medios de comunicación colectiva? Podemos intentar dilucidar esta explicación alternativa de dos maneras. Primera –y la más obvia–, habría que ver si la exposición a los medios de comunicación de masa se encuentra asociada con un más bajo apoyo al sistema. El estudio incluyó preguntas sobre la frecuencia en que se escuchaban noticias por la radio y la televisión, al igual que sobre la lectura de los periódicos. Ninguna de estas variables se pudo relacionar significativamente o de manera consistente con el apoyo al sistema. De hecho, el único modelo que podría encontrarse, aunque poco significativo, fue que aquellos con menos exposición a las noticias de la televisión expresaron el más bajo apoyo del sistema (ver gráfico 8). Esto sugiere que el aumento en la exposición a los medios de comunicación no es el responsable de que el apoyo al sistema haya declinado.

Gráfico 8
APOYO AL SISTEMA Y FRECUENCIA DE VER NOTICIAS POR TV



Sig. = NS

Una segunda manera de probar esta tesis sería la de analizar otras series de preguntas relacionadas con la democracia que hemos venido haciendo desde el estudio de 1978. Si el apoyo al sistema está declinando por una generalizada negatividad que se estaría difundiendo entre la población, entonces estas otras preguntas también deberían haberse visto afectadas. Éstas son cuatro (se usaron sólo tres en 1978) que miden la tolerancia política. Fueron diseñadas para tratar de identificar el sentido de tolerancia generalizado en torno a los derechos de las minorías políticas. Se han utilizado en la serie de estudios aquí analizada y se han encontrado confiables y válidas. En Costa Rica, el coeficiente de confiabilidad alfa varió de un bajo .79 a un alto .87 para los datos de 1978-1999, lo que convierte a esta serie en una que es incluso más confiable que la serie de apoyo al sistema. Mediante el análisis factorial, surge una sola dimensión. La serie es como sigue:

“D1. Hay personas que solamente hablan mal de la forma de gobierno costarricense. ¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba usted el derecho de votar de esas personas? Por favor léame el número: (SON-DEE: ¿Hasta que punto?)

DESAPRUEBA 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 APRUEBA 88= NS

MUCHO MUCHO

- D2. Pensando siempre en aquellas personas que solamente hablan mal de la forma de gobierno costarricense, ¿con qué firmeza aprueba o desaprueba el que estas personas puedan llevar a cabo manifestaciones pacíficas con el propósito de expresar sus puntos de vista? Por favor léame el número.
- D3. ¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba que a las personas que sólo hablan mal de la forma de gobierno costarricense, les permitan postularse para cargos públicos?
- D4. Pensando siempre en aquellas personas que solamente hablan mal de la forma de gobierno costarricense, ¿con qué firmeza aprueba o desaprueba que salgan en la televisión para hacer un discurso?”

Las cuatro preguntas de la escala de tolerancia política han sido expuestas en el gráfico 9 y corresponden al mismo periodo de 1978-1999. En la medida en que la tolerancia se encuentra fuertemente afectada por la educación, las muestras se limitan al Área Metropolitana, para la cual tenemos datos comparables para todos los ocho estudios. Lo que resulta evidente de estos resultados es que, a diferencia de las medidas de apoyo al sistema político, las de la tolerancia no muestran ninguna tendencia declinante que resulte obvia durante los años de los estudios. El derecho para hacer demostraciones, votar y presentarse como candidato a un puesto público, no ha cambiado en absoluto, salvo una variación menor entre años. El derecho a expresarse libremente por la televisión (la pregunta D4) declina, pero sólo ligeramente (pasando de 5,6 a 5,1 en el periodo 1978-1999). Es posible entonces rechazar la hipótesis de que el declinio en el apoyo al sistema es producto de algún tipo de error de medida que se encuentra generalizado.

Gráfico 9
TOLERANCIA POLÍTICA EN COSTA RICA, 1978-1999
ÁREA METROPOLITANA



Tomados juntos, estos tres desafíos a los resultados presentados aquí, es decir, aquellos efectos relacionados con la edad, los efectos provenientes de una presunta tendencia regional, y los niveles iniciales artificialmente altos, no debilitan o logran cuestionar los resultados que hemos encontrado. De alguna manera, en verdad, ellos más bien refuerzan los resultados, mostrándolos sólidos. ¿Qué puede, entonces, explicar el declinio en el apoyo al sistema en Costa Rica? De seguido intentaremos aportar algunas respuestas a esta pregunta.

POSIBLES EXPLICACIONES

Este artículo demuestra cuatro cosas bastante claramente. Primero, que Costa Rica ha estado experimentando un declinio en el apoyo al sistema que viene de largo plazo. Segundo, que cuando el declinio produjo por primera vez un grupo de ciudadanos que expresaron un muy bajo apoyo al sistema político, se penetró en lo que hemos llamado “el umbral del abstencionismo”, en las elecciones generales de 1998, es decir, este bajo apoyo al sistema se tradujo entonces electoralmente en una disminución importante en la asistencia a las urnas. Tercero, que el nivel de apoyo, sin embargo, no se encuentra cercano al que correspondería a una situación de crisis, puesto que, como lo demostramos, permanece más alto que el de muchos otros países de América Latina, aunque se haya venido acercando al de algunos de éstos desde que empezamos a realizar sistemáticamente nuestras mediciones en 1978. Cuarto, el declinio en el apoyo al sistema afecta a todos los grupos étnicos, de manera de que no se trata de un efecto por la edad, ni por la cohorte, aunque sí, ciertamente, se trata de un efecto por el periodo.

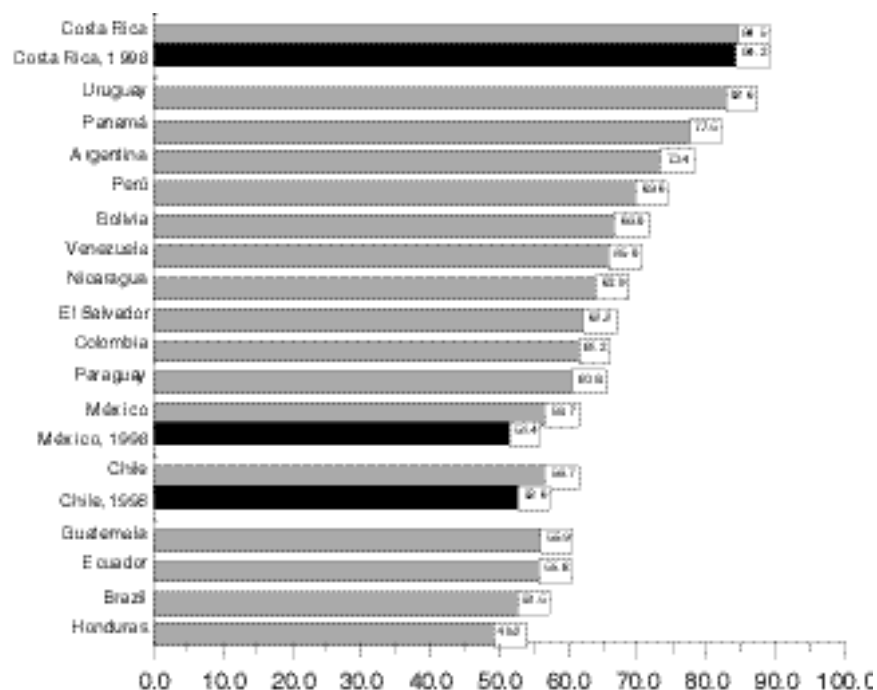
¿Significa esto que los costarricenses están abandonando su apoyo a la democracia como régimen político? De ninguna manera. En un estudio comparativo emprendido en 1998 por la Universidad de Tulane con el apoyo de la Fundación Hewlett, se comparó el apoyo a la democracia en Chile, Costa Rica y México. En ese estudio, se encontró que los costarricenses siguen comprometidos mucho más con la democracia que los ciudadanos de los otros dos países. A los entrevistados se les hizo la siguiente pregunta:

“¿Con cuál de las siguientes frases usted está más de acuerdo?

1. La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno.
2. Para una persona como yo, un régimen democrático o un régimen no-democrático son lo mismo.
3. Bajo ciertas circunstancias, un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático.”

En nuestro estudio de 1999, que hemos utilizado ampliamente en este artículo, se hizo una pregunta idéntica. Los resultados mostraron que el 89 por ciento de las personas que respondieron dijeron que ellos preferían la democracia a cualquier otra de las alternativas, un valor incluso superior al de los datos de 1998 anteriormente mencionados. Podemos también cotejar estos resultados en un marco más amplio, el de América Latina en su conjunto, recurriendo para ello a los resultados del Latinobarómetro de 1996, que patentiza la misma situación al conseguir Costa Rica colocarse por encima de todos los países de la región, según se muestra en el gráfico 10.

Gráfico 10
LA DEMOCRACIA EN COSTA RICA ES PREFERIBLE A OTROS SISTEMAS
(A PARTIR DE DATOS DEL LATINOBARÓMETRO DE 1996
Y DEL ESTUDIO DE LA UNIVERSIDAD DE TULANE)



En otras palabras, mientras que los datos anteriores muestran que los costarricenses todavía apoyan fuertemente la democracia, el nivel de apoyo a su sistema político ha venido decreciendo sustancialmente en los años recientes. ¿Cuáles son las explicaciones para esto último? Son varias las que pueden plantearse.

Una primera podría ser la cuestión de la delincuencia. Se ha encontrado que los delitos pueden corroer el apoyo al sistema político, y la delincuencia

ha venido incrementándose en Costa Rica (Seligson y Azpuru, 1999; Seligson, 2000; Seligson, Young, Lucas, y Azpuru, 2000). Si bien este no es el lugar para proporcionar detalles de una manera extensa, hay algunas cifras claves que han sido reportadas por las Naciones Unidas recientemente. La tasa de homicidios en Costa Rica en 1978, en el primer año de nuestra serie de encuestas utilizadas aquí, era de 5,4 por cada 100 000 habitantes, mientras que en 1993 había aumentado a 9,1, es decir, por encima de los 7,0 que registran los Estados Unidos, un país históricamente violento. La tasa de arrestos en Costa Rica por cada 100 000 habitantes era de 105 en 1974 y saltó a 336 en 1994 (United Nations, 1999, 312-315). El aumento en el nivel de la delincuencia tiene un impacto negativo en el apoyo al sistema, al debilitar la confianza que los ciudadanos depositan en la capacidad del Estado para protegerlos. Además, también puede encolerizar a los ciudadanos, que pueden llegar a creer que los delincuentes logran actuar con impunidad. Esto ocurre cuando empiezan a darse cuenta de que los delincuentes escapan a la justicia evitando el arresto debido a la incapacidad de la organización policíaca, o bien porque resultan exonerados por las Cortes debido a los fracasos técnicos en muchos de los casos. Bajo ambas circunstancias, la confianza en las instituciones tiende a mermar.

Una segunda explicación, y de lejos menos clara, podría ser la de los cambios demográficos que han ocurrido en Costa Rica a raíz de la sin precedente inmigración de centroamericanos. Según las mejores estimaciones disponibles, el nueve por ciento de la población de Costa Rica se compone ahora de inmigrantes nicaragüenses (Brenes, 1999). No sabemos realmente cómo estos inmigrantes ven al sistema político costarricense, de modo que los estudios que se emprendan en el futuro deben considerar la importancia de solicitar el origen nacional de los entrevistados, a fin de determinar si estos inmigrantes expresan un más bajo apoyo al sistema que el que manifiestan los costarricenses por nacimiento.

Una tercera explicación podría ser la frustración creciente con el sistema de representación política. Costa Rica, como muchos de los países latinoamericanos, cuenta con un sistema de representación proporcional mediante el cual los electores escogen “listas cerradas” con muchos candidatos. En otras palabras, los votantes emiten su voto a favor de una pizarra de aspirantes en lugar de hacerlo por un individuo. En este sistema, el voto se vincula al partido, no al candidato. En Costa Rica la distancia entre los representantes y los electores se ha venido ampliando aún más debido a la prohibición constitucional de la reelección inmediata de diputados (Carey, 1996). Es más, a mediados de los años noventa, el sistema de las “partidas específicas” que concedía pequeñas cantidades de fondos a los diputados del partido mayoritario fue eliminado, lo que ha traído consigo un mayor debilitamiento de la ya frágil conexión entre representantes y electores. Si bien en la actualidad se están considerando varias

propuestas para la reforma del sistema electoral, y de hecho esto ha venido ocurriendo así durante varios años, lo cierto es que las propuestas se encuentran lejos de la creación de algún sistema de distritos electorales de un solo miembro (*Revista Parlamentaria*, 1999).

Una cuarta explicación, que quizás muchos costarricenses intuitivamente la estiman como la más próxima a la verdad, es la del fracaso del liderazgo de las élites en los últimos años. Los costarricenses han tenido la suerte, a lo largo del siglo pasado, de haber sido conducidos por un grupo extraordinariamente competente de líderes. Especialmente en los años noventa, sin embargo, este patrón parece haber venido cambiando. Si los líderes no se están desempeñando como la población espera, no es sorprendente entonces que el apoyo al sistema haya venido decayendo.

Una quinta explicación es la que este autor considera como la más probable de brindar el mayor poder explicativo. Costa Rica se ha enredado en una paradoja fundamental según la cual los ciudadanos parece que se han venido involucrando en una relación de amor-odio con respecto al Estado. Al igual que virtualmente todos los países en desarrollo, Costa Rica ha estado comprometida en un proceso de largo plazo de reestructuración neoliberal (Jiménez y Céspedes, 1990), que ha significado una disminución relativa de la presencia del Estado en la vida económica y social, y la apertura de mercados a la competencia. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los otros países, esto está ocurriendo en una nación en la que varias empresas de gran tamaño propiedad del Estado se han desempeñado bien durante años y en consecuencia han generado fuertes lealtades entre la población. Los monopolios que funcionaron durante mucho tiempo en la generación de energía eléctrica, en el sector de la telefonía y en el de los seguros son los ejemplos más sobresalientes. Los costarricenses han disfrutado de un monopolio en el sector de la telefonía que ha sido propiedad estatal y que les ha brindado un acceso a una red de teléfonos fiable, accesible y barata. La disponibilidad de teléfonos per cápita está entre las más elevadas en América Latina⁹. Desde mediados de los ochenta, sin embargo, gobiernos de los dos partidos mayoritarios se han comprometido a abrir estos monopolios a la competencia, si no es que a avanzar en un proceso de privatización. Los costarricenses, empero, se han opuesto a tales empeños, como ha quedado en evidencia en todas las encuestas. Como una señal inequívoca de esta oposición, en marzo del año 2000 se realizaron masivas protestas callejeras a lo largo de todo el país, para oponerse a la aprobación de una ley que habría empezado a dismantelar el monopolio sobre las comunicaciones telefónicas y a abrir más el sector de la energía. Si bien con anterioridad hubo protestas, estas se limitaron a algunos sectores de la población, pero en este caso las protestas parecen haberse extendido a numerosos y diversos grupos de la sociedad, acompañadas de un cierto grado de violencia inusual en el país. Como resultado de

este episodio, el apoyo para la administración de turno, la del presidente Miguel Ángel Rodríguez, decayó aún más al punto de llegar a un 82 por ciento del público que le dio una valoración negativa en el mes de abril del 2000. En otras palabras, aunque pueda parecer irónico, el mismo éxito de las empresas estatales ha producido una evaluación negativa del gobierno costarricense con respecto a sus esfuerzos por redimensionar la participación estatal o disolver estas empresas.

CONCLUSIÓN

Costa Rica es un importante caso de prueba para aquellos que se interesan en el tema de la consolidación de la democracia. Este pequeño país ha sido visto por mucho tiempo como un modelo a seguir por otras naciones del Tercer Mundo. La presunción ha sido que Costa Rica superó desde hace décadas los problemas que hoy se ven como la pedregosa senda que deben de transitar esos otros países para lograr la consolidación de su régimen político. Sin embargo, la evidencia presentada en este artículo sugiere que un cambio profundo y de largo plazo está en curso en este país. El apoyo al sistema ha sufrido una erosión firme, lo que ha drenado el amplio reservorio de legitimidad que el país tuvo en el pasado. No hay duda de que factores recientes están también actuando en la hora actual y de que es posible de que en el 2002, con un desempeño económico satisfactorio y con una campaña electoral más vibrante, el nivel del abstencionismo se reducirá, pero no es probable que regrese a su nivel tradicional a menos de que un cambio dramático ocurra y de que esto revierta el declinio en el apoyo al sistema que se ha venido observando, lo cual, ciertamente, sería un evento muy improbable.

Muchos en Costa Rica hablan sobre el caso venezolano como un posible precursor de lo que ha venido sucediendo en su país. En Venezuela, en donde se alardeaba de tener uno de los más sólidos sistemas bipartidistas –si no el que más– de los de América Latina, fue reemplazado, de la noche a la mañana, por el triunfo abrumador de un nuevo partido de carácter populista. Los costarricenses, como Rovira (1998) lo ha mostrado, han disfrutado de un sistema bipartidista estable desde los años ochenta, pero el rápido incremento de los votos a favor de los partidos pequeños podría estar apuntando hacia un realineamiento radical del electorado. No debe perderse de vista, sin embargo, que el propio sistema electoral desestimula semejante cambio, a causa de una fórmula electoral que favorece a los partidos mayoritarios en detrimento de los pequeños. Por esta razón, elementos de la oposición están tratando de presionar para que se realicen reformas en el sistema electoral que pudieran mejorar su posición.

El desafío clave para el liderazgo costarricense, así como para aquellos que se interesan en la cuestión de la consolidación de la democracia, consiste en identificar y determinar con precisión los factores que están causando el declinio en la legitimidad del sistema político en la Costa Rica actual. Sólo comprendiendo adecuadamente esto, es que será posible concebir las estrategias requeridas para revertir las ominosas tendencias en marcha.

NOTAS

1. Costa Rica recibió un valor de “1” en materia de “derechos políticos” y “2” en “libertades civiles”, en una escala que va desde 1 el más alto hasta 7 el más bajo. En América Central, Guatemala obtuvo 3 y 4, El Salvador 2 y 3, Honduras 3 y 3, y Nicaragua 3 y 3.
2. El porcentaje de abstencionismo entre 1962 y 1994 ha sido como sigue: 1962, 19%; 1966, 19%; 1970, 17%; 1974, 20%; 1978, 19%; 1982, 21%; 1986, 18%; 1990, 18%; 1994, 19%. Para la obtención de los datos completos, véase Hernández, 1998, cuadro 3, p. 39.
3. La escala también ha sido aplicada a varias otras preguntas, pero estas cinco constituyen el núcleo del análisis.
4. El Área Metropolitana se define como los cantones urbanos de la provincia de San José, excluyendo a Pérez Zeledón, pero incluyéndose al cantón principal de Alajuela, Heredia y Cartago.
5. Esta escala fue construida creando primero un punto cero verdadero mediante la sustracción de un punto de cada valor de cada persona que respondió en cada una de las cinco variables de las series. Esto produjo variables que iban de 0 a 6 en lugar de la original 1-7. Por último, se dividió entre 6, de modo que las preguntas entonces se localizaran con valores entre 0-1, y se multiplicó por 100.
6. Para una excelente discusión de estos tres efectos, véase Glenn Firebaugh (1997, 6-7).
7. La correlación se basó en la edad de hecho y no en la de los datos agrupados como se muestra en el gráfico.
8. Las encuestas forman parte del Latin American Public Opinion Research Project que dirige en la Universidad de Pittsburgh.
9. Los datos del World Bank (2000, 266-267) muestran que en 1997 Costa Rica tenía 169 líneas telefónicas por cada 1 000 habitantes, comparado con 56 en El Salvador

y 29 en Nicaragua. Incluso Panamá, con un Producto Interno Bruto per cápita más elevado, tenía solamente 134. En América Latina solamente Argentina (191) y Uruguay (232) contaban con un número más elevado.

BIBLIOGRAFÍA

BERMEO, Nancy

1999 *Getting Mad or Going Mad: Citizen, Scarcity and the Breakdown of Democracy in Interwar Europe*. Irvine, University of California at Irvine: Center for the Study of Democracy Working Papers.

BOLLEN, Kenneth

1980 "Issues in the Comparative Measurement of Political Democracy", en *American Sociological Review*, 45, 370-390.

BOOTH, John A.

1998 *Costa Rica: Quest for Democracy*. Boulder: Westview Press.

BOOTH, John A. y SELIGSON, Mitchell A.

1994 "Paths to Democracy and the Political Culture of Costa Rica, Mexico and Nicaragua", en Larry Diamond (Editor), *Political Culture and Democracy in Developing Countries*. Boulder: Lynne Rienner.

1984 "The Political Culture of Authoritarianism in Mexico: A Reevaluation", en *Latin American Research Review*, 19, (1).

CAREY, John M.

1996 *Term Limits and Legislative Representation*. Cambridge: Cambridge University Press.

CITRIN, Jack y MUSTE, Christopher

1999 "Trust in Government," en John P. Robinson, Phillip R. Shaver, y Lawrence S. Wrightsman, *Measures of Political Attitudes*. San Diego: Academic Press.

COLEMAN, Kenneth M.

1976 *Diffuse Support in Mexico: The Potential for Crisis*. Beverly Hills, CA: Sage Publications.

CROZIER, Michael, HUNTINGTON, Samuel P. y WATANUKI, Joji

1975 *The Crisis of Democracy*. New York: New York University Press.

DALTON, Russel J.

1999 "Political Support in Advanced Industrial Democracies," en Norris Pippa (Editor), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press.

DOGAN, Mattei

1997 "Erosion of Confidence in Advances Democracies", en *Studies in Comparative International Development*, 32, (Fall), 3-29.

EASTON, David

1975 "ARe-Assessment of the Concept of Political Support", en *British Journal of Political Science*, 5, 435-457.

FINKEL, Steven, MULLER, Edward y SELIGSON, Mitchell A.

1989 "Economic Crisis, Incumbent Performance and Regime Support: A Comparison of Longitudinal Data from West Germany and Costa Rica", en *British Journal of Political Science*, 19, 329-351.

FIREBAUGH, Glenn

1997 *Analyzing Repeated Surveys*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.

GALBRAITH, John Kenneth

1955 *The Great Crash: 1929*. Boston: Houghton Mifflin Company.

GÓMEZ, Miguel

1970 *El rápido descenso de la fecundidad en Costa Rica*. San José: Asociación Demográfica Costarricense, V Seminario Nacional de Demografía.

HERNÁNDEZ, Óscar

1998 "Variabilidad del voto en la elección presidencial de 1998", en *Memoria de la VI Jornada de Análisis Estadístico de Datos, 1998*. San José: Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 37-62.

1990 "Análisis del abstencionismo en las elecciones presidenciales de Costa Rica en el periodo 1953-1986", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 16 (2) y 17 (1), 117-137.

HOLMBERG, Sören

1999 "Down and Down We Go: Political Trust in Sweden", en Norris Pippa (Editor), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press.

INGLEHART, Ronald

1999 "Postmodernization Erodes Respect for Authority, but Increases Support for Democracy", en Norris Pippa (Editor), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press.

JIMÉNEZ, Ronulfo y CÉSPEDES, Víctor Hugo

1990 "Costa Rica: Cambio estructural y situación social durante la crisis y la recuperación," en Claudio González Vega y Edna Camacho Mejía (Editores), *Políticas económicas en Costa Rica*, tomo II. San José: Academia de Centroamérica.

KARATNYCKY, Adrian

2000 "The 1999 Freedom House Survey: A Century of Progress", en *Journal of Democracy* 11, (1), 187-200.

KLINGEMANN, Hans Dieter

1999 "Mapping Political Support in the 1990s: A Global Analysis", en Norris Pippa (Editor), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press.

KÖRNBERG, Allan y CLARKE, Harold D.

1992 *Citizens and Community: Political Support in a Representative Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.

LIPSET, Seymour Martin

1981 *Political Man: The Social Basis of Politics*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

MOLINA JIMÉNEZ, Iván y LEHOUCQ, Fabrice

1999 *Urnas de lo inesperado: Fraude electoral y lucha política en Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

MULLER, Edward N.

1979 *Aggressive Political Participation*. Princeton: Princeton University Press.

NYE, Joseph S. Jr., ZELIKOW, Philip D. y KING, David C. (Editores)

1997 *Why People Don't Trust Government*. Cambridge: Harvard University Press.

ROVIRAMAS, Jorge

1998 "Costa Rica. Elecciones generales. Primero de febrero de 1998", en *Boletín Electoral Latinoamericano* (19), 9-70.

SELIGSON, Mitchell A.

2000 "Support for Due Process in a High-Crime, Fragile Democracy: The Case of Guatemala", ponencia presentada en la Conferencia de la National Science Foundation "Re-Thinking Democracy in the New Millennium", Houston, Texas, February 17-19, 2000.

1983 "On the Measurement of Diffuse Support: Some Evidence from Mexico", en *Social Indicators Research*, 12, 1-24.

SELIGSON, Mitchell A. y CARROLL, William

1982 "The Costa Rican Role in the Sandinist Victory", en Thomas Walker (Editor), *Nicaragua in Revolution*. New York: Praeger, 345-373.

SELIGSON, Mitchell A. y CASPI, Dan

1983a "Arabs in Israel: Political Tolerance and Ethnic Conflict", en *The Journal of Applied Behavioral Science*, 19, 55-66.

1983b "Toward and Empirical Theory of Tolerance: Radical Groups in Israel and Costa Rica", en *Comparative Political Studies*, 15, 385-404.

SELIGSON, Mitchell A. y GÓMEZ BARRANTES, Miguel

1989 "Ordinary Elections in Extraordinary Times: The Political Economy of Voting in Costa Rica", en John A. Booth y Mitchell A. Seligson (Editores), *Elections and Democracy in Central America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

1987 "Elecciones ordinarias en tiempos extraordinarios: la economía política del voto en Costa Rica", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 13, (1), 5-24.

SELIGSON, Mitchell A. y MULLER, Edward N.

1990 "Estabilidad democrática y crisis económica: Costa Rica, 1978-1983", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 16 (2) y 17 (1), 71-92.

1987 "Democratic Stability and Economic Crisis: Costa Rica 1978-1983", en *International Studies Quarterly*, 31, 301-326.

SELIGSON, Mitchell A. y AZPURU, Dinorah

1999 "The Demography of Crime in Guatemala", ponencia presentada en el seminario internacional sobre "La población del istmo centroamericano al fin del milenio", Jacó, Costa Rica, octubre 20-22, 1999.

SELIGSON, Mitchell A., YOUNG, Malcolm, LUCAS P., Max Eduardo y AZPURU, Dinorah

2000 *La cultura democrática de los guatemaltecos: Cuarto estudio, 1999*. Guatemala: Development Associates, University of Pittsburgh y Asociación de Investigación y Estudios Sociales (ASIES), febrero del 2000.

SELIGSON, Mitchell A. *et al.*

1995 "Who Votes in Central America? A Comparative Analysis", en John A. Booth y Mitchell A. Seligson (Editores), *Elections and Democracy in Central America, Revised*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 151-182.

TURNER, Frederic C., y MARTZ, John D.

1997 "Institutional Confidence and Democratic Consolidation in Latin America", *Studies in Comparative International Development* 32, (Fall), 65-84.

UNITED NATIONS

1999 *Global Report on Crime and Justice*, edited by Graeme Newman. New York: Oxford University Press.

WORLD BANK

2000 *World Development Report, 1999/2000*. New York: Oxford University Press.